

sas todo el provecho que podian proporcionarme? Esto es lo que digo á la generacion naciente. Muchas, muchísimas veces he dejado yo de aprovecharme, cual debiera. ¡Oh! ¡si mi vida comenzara de nuevo, cuántas cosas corregiria en ella! Por ejemplo, esta noche hubiera podido comer mejor. ¡Esas detestables peras! Debí conocer que no merecian se tomase nadie el trabajo de comerlas. El carnero estaba bastante bueno; lo mismo las palomas, la grulla, el cabrito.... ¡Bah! difícil es que comiera mucho mejor.

Pasados unos cuantos minutos se levantó medio dormido, y apagó todas las luces, escepto una pequeña lámpara, con la cual se dirigió á su dormitorio. — ¡Todo es vanidad! continuó con un tono lento y grave; todo es vanidad, menos el comer y el beber. A no ser por esto, no valdria la pena de servir á los dioses. ¿Qué es la fama? ¿Qué es la gloria? ¿Qué es el poder? Humo. He pensado muchas veces que el cerdo es el único animal verdaderamente sabio. Seriamos mas dichosos si fuésemos todos cerdos. Los cerdos aguardan el fin de su vida sin temblar, y

quizá sea esta la causa porque esos escuerzos de cristianos no quieren comerlos. Un goce tranquilo, respetable, delicado; nada de excesos, orgías ni disputas. La vida es corta. Y se quedó dormido al pronunciar estas últimas palabras, cuya verdad nadie pondrá en duda.

## CAPITULO VII.

En la siguiente mañana, mientras Jucundo estaba ocupado en sacudir el polvo á sus estatuas y otros artículos de gusto y devocion, llenando los huecos de los estantes y agrupando los objetos nuevos que habian traido sus operarios, Juba se paseaba con cierta arrogancia en la tienda, riéndose de tiempo en tiempo para su sayo de las varias muestras de ídolos que hacian visajes, fruncian las cejas, danzaban ó gemian á su alrededor.

—No te burles de ese Anubis, dijo su tio, es obra de la divina Calista.

—Supongo la llamais así porque produce todos esos demonios, contestó Juba; nada mas puede hacerse en la esfe-

ra divina; es como aquella reina que se enamoró de un babuino.

—Empiezo á ver, replicó Jucundo, que sus dioses se te parecen. Debe estar enamorada de ti, Juba.

El jóven, segun tenia de costumbre, sacudió la cabeza con un aire de despecho altanero.—¿Y por qué, dijo al cabo, no se habria de enamorar de mí?

—¿Por qué? Porque eres demasiado bueno ó demasiado malo para necesitar de su mano de artista. Ella no podria sacar de tí ningun partido. "*Non ex quovis ligno.*" Pero haria una buena obra si reformase á tu hermano.

—Basta para eso conmigo, dijo Juba. Os aseguro, y respondo de ello, que no es cristiano.

—¿Cómo! esclamó su tio mirando á todas partes con sorpresa; ¿Agelio no es cristiano?

—Ni pizeca, respondió Juba; podeis creerme. Yo se lo eché en cara ayer por la noche; y si no ejerceis con él ninguna coaccion, volverá por sí mismo á la antigua senda. Es demasiado orgulloso para cambiar; no hay mas tropezado. Predicadle, rogadle, importunadle, empeñaos en hacerle mudar de

opinion, tratad de ponerle un bocado, azotadle, y se obstinará, coceará ó emprenderá la fuga; pero dejadle seguir su capricho, no presteis atencion á sus acciones, mostraos indiferente á todo, y vendrá á sentarse con entera tranquilidad en medio de vuestras estatuas. La tarea de Calista es muy fácil: ella conseguirá de él por la seducción, lo que para otros seria empresa imposible.

—Es la mejor noticia que he oido desde la muerte de tu bendito padre, dijo Jucundo; la mejor, ciertamente. Si es verdad, Juba, te haré un magnífico regalo el día que tu hermano sacrifique la primera jabalina á Ceres. ¿Qué gusto será ver á nuestro arrendador en las Nundinas! Yo podria enseñar al chico uno ó dos rasgos de destreza. ¿Conque no es cristiano? ¡Bravo, Juba! Te regalaré un Apolo para que te instruya en las buenas maneras, ó un Mercurio para que te dé talento.

—Es indudable, observó Juba, que no pensaria en Calista, si pensase en sus santos y en sus ángeles.

—¡Sí, sí, indudable, respondió Jucundo, indudable! Sin embargo, ¿por qué no habria de adorar á una hermosa jó-

ven griega, lo mismo que á sus momias y sus cabezas de muerto, que yo me avergonzaria de colocar aquí entre un Anubis ó un escarabajo?

—Mi madre cree que esa jóven no es lo que imaginais, dijo el sobrino.

No importa, no importa, contestó Jucundo, que sea una Friné ó una Lais, poco se me dá; al contrario, le será mas fácil hacer de él un hombre.

—Pero mi madre, dijo Juba, cree que la cabeza de Calista se inclina á la parte opuesta. ¿Comprendeis? Es extraño, ¿no es verdad? añadió, con intencion de incomodar á su tío, como él lo estaba.

—¡Eh! exclamó Jucundo, mirándole de través, como si quisiese decir: ¿dónde irá á parar ahora?

—Hablando claramente, repuso Juba con tristeza, tambien yo he pensado en ella en otro tiempo; y no sé por qué, si se me antoja, he de tener menos derecho á su amor que Agelio. Hasta se me figuró que mi anciana madre podria ayudarme algo, y le pedí un encanto ó un filtro que sacase á Calista de casa de su hermano y la trajese al vecino bosque. Garta consintió en ello, pues aborrece mortalmente á Calista, prime-

ro, á causa de su belleza, aunque lo niegue; y segundo, porque es griega: ademas, la idea de humillar á la altanera jóven le agradó. Preparó, pues, uno de los encantos mas terribles (y Juba soltó la carcajada), uno de los encantos mas terribles que conocia, no omitiendo al fecto el menor rito: vino, leche, sangre, harina, cera, trapos viejos, dioses Númidas y Púnicos, con tales palabras, que es preciso ser bárbaro para servirse de ellas, y bruja para pronunciarlas. Mezcló todo esto con otra porcion de cosas; y entonces hubiérais debido verla desgredada, con los ojos centellantes y una cara horrible, andar alrededor como una tocadora de flauta en un banquete. Bastaba para hacer bajar bailando, no solo la luna, sino toda la Via Láctea; sin embargo, el encanto no hizo bailar á Calista, y mi madre furiosa declaró que esta jóven era cristiana.

Jucundo pareció muy perplejo.—¡*Medius fidius!* exclamó, si nos descuidamos, será capaz de arrastrarle al mal camino; y se puso á recorrer la pequeña sala en todas direcciones.

Juba, por su parte, entonó una cancion:

La bruja Gurta quiere  
Tomar parte en la fiesta:  
Y coja como un pato,  
Con la muleta á cuestras,  
Entre los bailarines  
Luce sus buenas piernas.

Muy entrada la noche  
Aun dura la faena:  
Fuego lanzan sus barbas,  
Sus zapatos centellas,  
Y sus colas se agitan  
En la veloz carrera.

Entre tanto Jucundo se habia repues-  
to de la dolorosa impresion que le cau-  
saran las noticias de Juba, y esclamó:  
—Cesa de graznar y atiende: la vieja  
Gurta es envidiosa; yo sé hasta dónde  
llega su despecho; la palabra mas inju-  
riosa de su vocabulario es la de cristia-  
no, equivale en su sentir, á escuerzo ó  
víbora. Todo lo comprendo ahora: Ca-  
lista, la divina Calista, tomará en sus  
manos ese pedazo de cera, y con sus  
hechizos lo convertirá en un Vertumno.  
Ella se mostrará la mas poderosa bruja  
de las dos. El nuevo emperador, por su

parte, ayudará á que se efectúe el en-  
canto.

—¿Cómo? ¿Se prepara alguna cosa?  
preguntó Juba haciendo una mueca.

—¿Si se prepara, querido? ¡Oh! sí, te  
lo aseguro, respondió su tío. Los hare-  
mos gritar. Si no bastan los medios sua-  
ves, emplearemos uno ó dos ingredien-  
tes mas; por e emplo, una espada, un  
tigre, un tizon encendido.

—Ved cómo os conducís en tratándo-  
se de Agelio, observó Juba. Es un perro;  
pero no conviene acorralarle. No le  
amenaceis, sino escoged el lado vulne-  
rable: es blando de corazon.

—La amenaza será el fondo del cua-  
dro que sirva para hacer resaltar la fi-  
gura principal: es como la musa pues-  
ta en relieve por el sandix ó la sepia.  
Eso *debe* venir; pero quizá venga pri-  
mero Agelio.

Sucedía en efecto lo que Jucundo  
habia insinuado; el nuevo emperador  
iba á inaugurar una nueva política; y  
una nueva éra iba á empezar para el  
cristianismo. Hasta entonces los cris-  
tianos habian sido, en su mayor parte,  
objeto de la furia popular, mas bien que  
del rigor del gobierno. Es verdad que

Neron, por su amor á la crueldad, se habia complacido en atormentarlos; pero los hombres de Estado y los filósofos, aunque á veces indecisos é inconstantes, se habian limitado, en general, á mirarlos con desprecio; y la supersticion de los sacerdotes y del pueblo, con su grito de *Christianos ad leones* habia sido el enemigo mas formidable de la fé. De consiguiente, por atroz que la persecucion fuese en ciertas épocas anteriores, no se habia seguido ningun plan, ni pasó de ser local y momentánea. Pero en los últimos treinta y aun cincuenta años, salvo algunas breves interrupciones, hasta esta prueba se habia suspendido, debiéndose aquel favorable estado de las cosas mas ó menos á una serie de emperadores que se mostraron inclinados al cristianismo. Mientras el vigoroso gobierno de los cinco buenos emperadores, como se les llama, habia tenido en su historia muchos pasajes de un carácter hostil á los cristianos, los que les sucedieron, ignorando las tradiciones y no conociendo el espíritu de la antigua Roma, porque eran extranjeros, aventureros ó sensualistas, fueron los protectores de la nueva religion.

Hasta se dice que la querida favorita de Commodo y la nodriza de Caracalla profesaban el cristianismo. El miserable Heliogabalo, por su aficion á las supersticiones orientales, habia debilitado la influencia de la gerarquía existente y fomentado la tolerancia de una fé que procedia de Palestina.

El virtuoso Alejandro, su sucesor, fué mas bien un filósofo que un hombre de Estado; y consecuente con el sincretismo que habia adoptado, colocó las imágenes de Abraham y de Jesucristo entre los objetos de devocion que contenia su capilla privada. Lo que se nos cuenta del emperador Filipo confirma aun mas nuestro aserto: las autoridades mas graves aseguran que era realmente cristiano; y como no puede dudarse de que los cristianos estaban persuadidos de ello, debe inferirse que dió muestras de benevolencia capaces de autorizar tal conviccion. Así los cristianos cesaron de temer: salieron de las catacumbas y edificaron iglesias públicas, y aunque en ciertas localidades, como en Africa, por ejemplo, habian padecido á consecuencia de su roce con el mundo, es lo cierto que se propagaron por to-

das partes, y que la fé llegó á ser á lo menos un instrumento de poder político, en los puntos en que faltaba la caridad ó era desmentida momentáneamente por el miedo. En una palabra, aunque Celso habia dicho cien años antes: "Que solo un hombre de flaco entendimiento podia lisonjearse de reunir las tres partes de la tierra en una misma religion," esta comun fé católica habia sido fundada y se habia criado un principio de imperio enteramente nuevo. El fenómeno era innegable, y el estadista romano vió que tenia un rival. Ni debemos tampoco suponer por lo que historiadores superficiales nos dicen de las vicisitudes del poder imperial y del desarreglo de los que lo ejercian, que el edificio administrativo no estaba apoyado por las mas sólidas tradiciones y por empleados de la mas profunda sagacidad. Era una época de juristas y de políticos, los cuales veian cada vez mas claramente que para que el cristianismo no trastornase el imperio, ellos debian seguir la línea de conducta que Trajano y Antonino habian dejado trazada.

Así, pues, en cuanto Decio vistió la

púrpura, empezó á plantear la nueva política contra la Iglesia, que tocaba á Diocleciano, cincuenta años mas tarde, llevar hasta el punto de tener que refutarse á sí misma. Ocupó el trono á fines del año 249; y el 20 de Enero siguiente, dia en que la Iglesia celebra aún el acontecimiento, San Fabian, obispo de Roma, obtuvo la corona del martirio. Su pontificado habia durado el largo espacio de catorce años, cosa rara en aquella época, habiendo sido elegido en virtud de una de esas milagrosas interposiciones de la divina Providencia, de que la historia de los primeros siglos de la Iglesia ofrece algunos ejemplos. Fabian habia ido á Roma para asistir á la eleccion de un sucesor del papa Antero; y como se viese posar una paloma sobre su cabeza, toda la asamblea se levantó y le obligó, con gran sorpresa suya, á aceptar el trono episcopal. Despues de traer de Cerdeña los restos del santo mártir Ponciano, su predecesor, y de predicar el Evangelio en gran parte de la Galia, parecia destinado á terminar su existencia en la misma paz y oscuridad feliz en que habia vivido; pero no era dado á un papa de aquellos tiem-

pos primitivos el morir en su lecho, y Fabian estaba reservado, como pastor supremo de la Iglesia, para caminar á la cabeza de una nueva falange de mártires.

No tardó en aparecer un edicto decretando el esterminio del nombre y de la religion de Cristo. Estaba dirigido á los procónsules y demas gobernadores de las provincias, y su espedicion se fundaba en que los emperadores Decio y su hijo, decididos á proporcionar la paz á sus súbditos, habian encontrado esto imposible, porque los cristianos, con su odio mortal á los dioses de Roma, atraian sobre la tierra desgracias sin número. Deseosos, pues, ante todo, de aplacar la cólera de las divinidades del imperio, habian dictado un decreto irrevocable, por el cual todo cristiano, cualquiera que fuese su categoria, sexo ó edad, quedaba obligado á sacrificar á los dioses pátrios: los que se resistiesen, serian encerrados en la prision y sometidos al principio á castigos moderados. Si se conformaban con la religion establecida se les debia recompensar; si no, debian ser ahogados, quemados vivos, espuestos á las

fieras, colgados de los árboles, ó esterminados de cualquier otro modo. Este edicto fué leído en el campamento de los pretorianos, fijado en el Capitolio, y enviado á todo el imperio por medio de los correos del gobierno. Se amenazó á las autoridades de cada provincia con las penas mas fuertes, si no conseguian, valiéndose del terror y de los tormentos, que los cristianos volviesen á la profesion del paganismo.

San Fabian, como hemos dicho antes, fué el primer fruto de la persecucion; y pasaron diez y ocho meses sin encontrar quien le sucediese en el pontificado. En el trascurso de los dos meses siguientes, San Pionio fué quemado vivo en Esmirna, y San Nestor crucificado en Panfili. La ausencia del procónsul motivó el que hubiese en Cartago alguna perplejidad y dilacion. San Cipriano, su obispo, se aprovechó de esta última circunstancia, para retirarse á un sitio seguro. El populacho, habiéndose unido al gobierno con objeto de buszarle, gritó furioso en el circo: *Ciprianus ad leonem*, Cipriano al leon. Un terror pánico se apoderó de los cristianos, y hubo, por un momento, muchas mas personas

prontas á renegar de su fé que á confesarla. Parecia justificada la prevision de Ariston, el cual habia dicho que el cristianismo iba perdiendo su imperio en el ánimo de los que profesaban este nuevo culto, y que los que lo temian debian limitarse á dejarlo morir de su muerte natural. En Sicca, los funcionarios públicos romanos, hasta donde se atrevieron, obraron en este sentido. Los cristianos no hacian alli ningun daño; se abstenian de toda ostentacion, y habia poco ó nada en la ciudad que provocase la ira del populacho ó que necesitase la intervencion del magistrado. La ausencia del procónsul de Cartago era á la par un estímulo y una excusa para que se dilatase el cumplimiento del edicto; y así aunque estemos ya á mediados de 250, y aquel se hubiese publicado en Roma al principio de este año, el buen pueblo de Sicca tenia, segun hemos visto, escaso conocimiento de lo que pasaba en el mundo político, y hablaba aun en secreto de varios presagios, de una medida proyectada, que sin embargo, se hallaba vigente en algunos puntos hacia muchos meses. Las comunicaciones con el

centro administrativo no eran entonces ni muy frecuentes ni muy rápidas, y la curiosidad pública no habia sido excitada por la facilidad de satisfacerla. De este modo se explica lo que pudiera parecer un fenómeno, y que sostenemos acontecia en Sicca al principio del verano de 250, á pesar de los *Acta Diurna*; aserto contra el cual nada tiene que oponer la historia.

En nuestros dias el caso es diferente. Hoy los periódicos, los caminos de hierro y los telégrafos eléctricos, nos colocan en cierta independencia de los correos del gobierno. Las medidas tomadas en Roma hubieran sido conocidas generalmente y con la mas escrupulosa exactitud en algunos segundos; y entonces, para hacer que los magistrados las ejecutasen sin demora, se hubiera dirigido una pregunta al parlamento de Cartago, por el diputado de Sicca, de Laribo ó de Fugga, ó por alguno de los paganos, ó sea del partido rural, en averiguacion de si realmente se habia promulgado en Roma, como se corria entre el pueblo, un edicto contra los cristianos, y qué disposiciones se habian tomado en consecuencia por las auto-



ridades de la provincia. Entonces la *Colonia Siccensis* hubiera alegado alguna razon buena ó mala para justificar su lentitud, diciendo, por ejemplo, que debia atribuirse á que el procónsul estaba ausente del centro administrativo, ó bien á la pérdida incomprensible del despacho despues de pasar el mar. Quizá tambien de la otra parte el subsecretario habria sostenido, en medio de los aplausos de sus amigos, que el edicto habia sido promulgado y ejecutado plenamente en Sicca, que se habian sacrificado los cristianos á millares, y que por lo tanto no quedaba ya á quien castigar: aserciones que era demasiado probable se realizasen en lo sucesivo.

A la verdad habia muchas razones para que los magistrados, así romanos como africanos, no quisieran obrar hasta que se les obligase. Sin duda, todos en general aborrecian el cristianismo, y con gusto lo esterminaran si pudiesen; pero la dificultad estaba en saber, llegado el caso, contra quién habian de proceder. Si les hubiese sido posible apoderarse de los gefes, de los obispos de la Iglesia, habrianles aplicado el tormento y pulverizado *con amore*, como si

se tratase de una avispa; siendo tanto mayor su ardor y satisfaccion, cuanto menos á su alcance se encontraban. Aquellos obispos eran una porcion de individuos tan dañosos como cobardes, y se disfrazaban ó se ocultaban en el desierto. Pero ¿cómo altos funcionarios, opulentos y felices, habrian de ocuparse en dar tormento á un puñado de idiotas, viejos ó pobres, niños ó mugeres, séres desconocidos ó incapaces de ofender, restos de una generacion muerta, y que no tenian mas conexion con los fanáticos de Cartago, Alejandría ó Roma, que la que existe entre los franc-masones ingleses y sus homónimos del continente? El cristianismo era, en verdad, una sociedad secreta, una religion ilegal; pero ¿dejaria de serlo despues que aquellas inofensivas ó respetables personas sufrieran el tormento ó fuesen ahorcadas?

Ademas era muy peligroso abrir la puerta á las pasiones populares..... ¿quién las cerraria luego? Una vez conmovido el populacho, adios ciudad. Era innegable que la supersticiosa é ignorante mayoría, no solo del vulgo, sino de las clases elevadas, estaba imbuida

de una triste preocupacion, y profesaba un odio intenso, aunque latente, al cristianismo. Sin contar la antipatía emanada de la gran diferencia con que los paganos y los cristianos consideraban la vida y el deber, y que por sí sola era bastante para excitar á los primeros á la persecucion, habia tambien muchas personas que querian acreditarse con la corte de Roma, no perdiendo jamas de vista el obtener los principales cargos ú otro género de recompensas. Habia ademas el interés pagano, estendido y poderoso, de esa numerosa clase adicta al culto reinante por hábito, posicion, lucro ó esperanza de lucrarse. Habia todas las grandes instituciones ó establecimientos públicos, los tribunales, las escuelas de gramática y retórica, las *exedra* filosóficas, los círculos de lectura, el teatro, el anfiteatro, el mercado... que por esta ó aquella razon eran hostiles al cristianismo; ¿y quién podia calcular dónde se detendrian en su progresiva marcha, si llegaban á empezar á moverse? *Quieta non movenda*, era la divisa de los agentes del gobierno provincial, tanto imperiales como africanos; máxime siendo aquella una época de

revoluciones, y pudiéndose una autoridad comprometer de muy desagradable modo, segun la direccion que tomase el movimiento. Por otra parte, Decio no era inmortal; en los últimos doce años, ocho emperadores habian sido sacrificados, seis de ellos en unos cuantos meses; y muy bien podia suceder que el sucesor de Decio volviese á la política de Filipo, y se declarase contra los que la habian abandonado repentinamente por otra de sangre.

En esta prudente conducta los mantenía de una manera poderosa el influjo de consideraciones personales. Los *officia* romanos, los magistrados de las ciudades, los gefes de la religion dominante, los juriconsultos, los filósofos, en una palabra, todos hubieran castigado á los cristianos, si de ellos hubiese dependido; pero no convenian en la eleccion de las víctimas. Habian convenido con gran satisfaccion, como hemos dicho, en esterminar á los gefes de la secta, sin tener nada que objetar dado que, en la precision de hacer algo, hubiesen echado mano de algunos extranjeros ó esclavos, especie de víctimas expiatorias para el resto; mas era imposible,